

forma, y presenta comodidad; en él se dan comedias, operetas y voudevilles.

El teatro que está cerca de la Vienne, es sin contradicción el mas grande que encierra la capital; fué construido en 1798 y restaurado en 1875. En él hay representaciones de dramas, comedias, opereta y baile coreográfico.

No mencionamos los otros por ser inferiores y no haberlos ya visitado. Suspendamos por un momento la descripción de Viena, para consagrar algunos instantes á Genaro, que tambien reclama nuestro interés. La cartera continuaba así:

CAPITULO XCIX.

Continúa el manuscrito de Genaro.

Al estar en los brazos de mi madre, sentí dentro de mí mismo sensaciones tan extrañas, que no me es posible definir.

En esos momentos todo desapareció de mi memoria; Leonor, mi futuro enlace..... todo..... y tan solo pude fijarme en ella..... en mi amadísima madre!

Permanecemos mas de un cuarto de hora en este abrazo—el primero que recibia de mi madre, y en el que me daban á conocer toda la extension de su ternura—por fin escuché su voz:

¡Genaro, hijo mio! me dijo; siéntate aquí á mi lado, y no te apartes un solo instante de mí.

¿Verdad que siempre me has amado mucho?

continuó, ¿y que no has abrigado sentimientos hácia tu madre?

¡Oh madre mia! ¿puedes dudarle un solo instante? me apresuré á responderle: no, porque me harías daño; además, si quieres testigos de este cariño, yo mismo puedo presentártelos.

No, hijo mio; creo tus palabras porque te conozco íntimamente, y si yo te amo con el fuego que por tí siento, es también porque sé que tú me amas de la misma manera. Pero dime, ¿no sentiste cierto disgusto, cuando llegó por tí Justo, en los momentos mismos en que se iba á efectuar tu enlace.

Madre mia, te confieso ingénuamente, que por más feliz que iba yo á ser en ese momento, la idea de que tú padecías, y de que por fin se iban á cumplir los deseos que más vivos aún que los de mi propio enlace, habrían existido de continuo en mi alma, me absorbió de tal manera, que no me dejó tiempo para pesar, sino que Justo te lo había dicho, inmediatamente lo seguí dejándolo todo por tí, y no me arrepiento, madre mia, aunque tuviese que perder por este paso á Leonor misma.

Mi madre, al escucharme, se conmovió de nuevo, y acercándose á mí imprimió un beso en mi frente. . . . sentí entónces que su aliento me abrazaba; comprendí que mi madre ardía en calentu-

ra y no sé por qué me estremecí involuntariamente: ella lo notó, y con un acento dulcísimo me dijo:

No temas, Genaro; no temas, que no moriré tan presto segun lo espero; tu presencia siento que me ha comunicado nueva vida. . . . Sí hijo mio, creo que podré tener aún algunos dias más de existencia, para pasarlos á tu lado; si como lo creo tú ya no me abandonas.

No, madre mia, me apresuré á responderle, tomando entre las mias una de sus manos; yo no te abandonaré ya ni un solo momento. . . . ¿crees que hay algo en el mundo que pueda preferir á tí? Aquí permaneceré siempre y nadie podrá alejarme de tu lado. ¡Ah! ¿al haberte encontrado podría perder este tesoro, cuando tú has sido el ideal más acariciado de mi alma? ¿No te ha referido Justo mis sufrimientos por tí, madre querida?.....

Sí hijo mio, me los ha contado, y no puedes figurarte cuál era mi angustia al ver que no estaba en mi mano el remediarlos.

¡Ah madre mia! continué sin escucharla; si hubieses podido penetrar de continuo en mi corazón, habrías visto que en él vivías á todas horas y que pocos hijos aman á su madre cual á tí te ha amado siempre el pobre Genaro!

¡Es verdad, hijo mio! replicó mi madre, y por

lo mismo adquirias diariamente ante mí un mérito doble, que acrecentaba también diariamente mi amor, al mismo tiempo que mis sufrimientos; por que yo Genaro, he sufrido también mucho; mucho, tanto cuanto tú, y no te digo que más, porque parecería no saber medir en toda su extensión tus sufrimientos; pero he sufrido como tú, hijo mio, ¿me comprendes? ¡como tú, Genaro, y con esto te digo todo!

Lo creo madre mia, porque tú me amas con vehemencia, y te has visto por las circunstancias obligada á vivir lejos de tu hijo..... ¡Oh! debes haber sufrido mucho..... muchísimo; ¡pobre madre mia!

Mi madre sonrió, y luego dijo con mucha gracia:

Pero supongo, Genaro, que estarás ya impaciente, porque dé yo principio á las revelaciones de tu historia, ¿no es cierto, hijo mio?

Os engañais madre querida; verdad es que tengo un verdadero interés en conocerla; pero ahora no he pensado en ella; estaba tan abstraído de tod al escucharos; me siento tan feliz á vuestro lado, que tan solo vuestra presencia borra en mi alma todo otro recuerdo!

Hijo mio, tú tranquilizas mi agonía; estoy yo misma tan emocionada, que no podria en este momento dar principio á ella; pero esta noche, cuan-

do ya todo sea quietud y silencio, entónces lo escucharás todo de mis lábios; entretanto no te separes ni un solo momento de mí, Genaro; dedícarne por completo todo tu tiempo; quiero que en mi presencia tomes tu alimento, y que aquí en mi propia alcoba se coloque tu lecho: ¿te parece bien, hijo mio?.....

¡Oh madre querida! por Dios no me interrogueis en lo que debéis mandar..... puede Genaro tener otra voluntad que la vuestra? Tratadme, os lo suplico, con la bellísima confianza de una madre, para que pueda gozar á vuestro lado de todos los encantos que proporciona el amor maternal. ¿Lo hareis así, madre querida? ¿Puedo no acoger tus plegarias, hijo mio? Te complaceré en cuanto esté en mi mano hacerlo.

Entónces tocó mi buena madre una campanilla, é inmediatamente penetró por la puerta una jóven que poco ántes la habia abierto.

Mira Eugenia, dijo mi madre dirigiéndose á ella; que traigan aquí pronto la comida para el niño, y en seguida que se le prepare su lecho aquí en mi propia alcoba.

¡Sí señora, sereis servida, contestó la jóven, y pronto desapareció.

Entónces mi madre, sentándose en su lecho y viéndome fijamente exclamó:

Cuando estabas en aquella torre y fué una se-

ñora á verte ¿no te dijo el corazon quién podria ser ella?

— Sí, madre mia... ¿no os refirió D. Justo cuánto le repetia que aquella señora solo podria ser mi madre? pero á propósito, ¿qué no recordais que os lo dije á vos misma, y que con vuestro dulcísimo acento, embargado por la emocion, me respondisteis: ¿no soy tu madre!

— ¿Pude yo decirte eso, hijo mio? exclamó como horrorizada mi pobre madre.

— Si así lo dijisteis, tambien así era preciso; yo en tu caso así lo habria hecho, puesto que á un niño de la edad que tenia yo entónces, hubiera sido una imprudencia dejarle creer en lo que habria entónces podido divulgar.....

— Tus palabras me consuelan, querido Genaro; pero prométeme que olvidarás que yo haya negado aunque fuera por tu edad, que tú fueses mi hijo.

— Sí, madre mia, os lo prometo; no lo recordaré más aunque este recuerdo no puede dañarme.

— Sí, pero no lo recuerdes hijo mio.

— Bueno, cumpliré en esto como en todo, tu voluntad, madre mia.

— Entónces; mi madre se tranquilizó, y despues de un momento de silencio, háblame de Milord, me dijo; sé que lo tratabas íntimamente; ¿nada te decia tu corazon al estar al lado de tu padre?

— ¡Milord mi padre! ¡ah! ¡cuán dulce y cuán terrible suena á la vez esta palabra en mis oidos! ¡Milord mi padre!..... ¡Ah madre mia! podré deciros que mi corazon no me engañaba respecto de él; desde que conocí á Milord, me inspiró la mayor ternura; al verlo siempre conmovia, y su imagen se confundia siempre en mi alma, con la de mi padre; sí, con la de ese padre adorado, al que no conocia, de que tampoco habia oido hablar, y á quien amaba sin embargo, con delirio. Milord por su parte me profesaba la mayor ternura; sentia que su mano temblaba al estrechar la mia; y á menudo, cuando le hablaba yo de mis desgracias, vi correr sus lágrimas, y poder apenas ocultar su emocion; un dia que le hablé de vos, al pronunciar vuestro nombre, él lo repitió con entusiasmo, exclamando:

— ¡Sí, es ella!.....

— Y precipitándose en mis brazos, me bañó con su llanto, dándome el nombre de hijo. ¡Ah! aquel fué el grito de la naturaleza!..... en aquel momento me pareció descubrirlo todo, é iba á revelar á Milord mis dudas y mis esperanzas, á darle el dulce nombre de padre, cuando Milord, tomando la mano de su hija, la puso entre las mias, prometiéndome hacerla mi esposa; esto me hizo perder toda esperanza.

— Si yo fuese su hijo, me dije, ¿podria acaso con-

cederme la mano de Leonor? y como hallando la respuesta en mi pregunta, me convencí de que Milord no era mi padre, aunque mi corazón me afirmaba lo contrario.

Por un instante guardé silencio, con lo que hice quedos lágrimas surcaran por las demacradas mejillas de mi madre.

¿Lloras madre mia? le pregunté entonces imprimiendo un beso en su abrasada frente.

Sí, Genaro, me respondió con tierno acento.

Me conmueve pensar en las dudas terribles en que has vivido, al saber que en realidad Milord es tu padre. Sí madre mia; por eso te he dicho que esta palabra suena en mis oídos dulce, porque al fin he encontrado á ese padre querido; por él que he suspirado tanto: conozco al fin al autor de mi existencia, y aunque no me es dado estrecharlo entre mis brazos, como á tí, dándole el nombre de padre, sí al ménos puedo bendecirle á cada instante y alimentarme con su recuerdo... pero si bajo ese punto de vista, suena esa palabra dulce á mis oídos, también se hace escuchar terrible, levantando una barrera insuperable entre la hermosa heredera de Milord y el hijo ignorado y oculto.

Sí, madre mia; Milord es mi padre; luego Leonor es.....

Tu futura esposa, replicó con acento solemne mi madre.

Yo la miré sorprendido, porque sus palabras me parecían incompatibles con la realidad. Mi pobre madre se sonrió viendo mi turbación, y acariciando mi abatida frente. Una palabra bastará Genaro, me dijo, para descorrer ante tu vista el velo del misterio, y disipar todas tus dudas y temores. Sí hijo mio, Milord es tu padre; pero Leonor no es su hija!... Las palabras de mi madre resonaron en mis oídos como un eco de vida: ¿era, pues, cierto? ¿podría amar á Leonor sin ser un crimen? ¡Oh! Cuán feliz era en aquel instante!... estaba al lado de mi adorada madre; habia en contrado al fin á mi idolatrado padre, y podía amar á Leonor libremente y ser su esposo!..... ¿Qué me faltaba para ser dichoso?... nada... pudiendo apenas creer en tan bella realidad, me volví á mi madre, repite esa dulce palabra, madre mia, le dije: ¿será, pues, cierto, que la bella Leonor, que la rica heredera de tantos títulos, que la mujer que adoro, no sea la hija de mi padre?

—No, Genaro, replicó mi tierna madre; Milord no tiene mas hijo que tú sobre la tierra y la simpática Leonor, aunque ella misma lo ignora, no es su hija.

—Si no temiese fatigaros, os pediría que me

explicaseis ese misterio; dije tímidamente á mi madre.

Esta sonrió, replicando en seguida:—en dos palabras, hijo mio, voy á contarte esa historia.

Mas supendamos por un instante la lectura de la cartera y volvamos á la descripción *de nuestro viaje*:

CAPITULO CX.

Palacios: el del Archiduque Alberto; el del Archiduque Luis Víctor; el Castillo Imperial; estatuas que adornan sus patios; parte que mira al Norte; sus puertas y salones; el de la Biblioteca; el teatro; apartamentos de la parte septentrional del Castillo; Gabinete Imperial Real de Medallas y antigüedades; el Tesoro Imperial; cosas muy notables que en él vimos.

Vamos á ocuparnos ahora de los palacios que posee Viena, los cuales, como son tantos, puesto que es tan estensa la nobleza de la casa reinante, además de los destinados á varios objetos y ramos del servicio público, no nos seria posible